

Cuestión de preferencias

Con unas cuidadas y sugerentes ilustraciones de Nórdica Libros presenta *Bartleby, el escribiente*.

César González Álvaro 20/06/2008

No son muchos los casos en los que un libro se mantiene vigente a lo largo de los años, sin quedarse anticuado ni en el fondo ni en la forma, sorprendiendo y conmoviendo una y otra vez a los lectores, tanto a los que ya lo leyeron anteriormente en algún momento de su vida y que ahora lo releen de nuevo con igual estupefacción, como a los que se acercan por primera vez a él y olvidan, en cuanto pasan la primera página, que se encuentran ante un texto escrito cien o doscientos años antes. Son estos, en definitiva, libros intemporales, algo reservado únicamente a las grandes obras maestras de la literatura. *Bartleby, el escribiente*, relato largo escrito por Herman Melville (Nueva York, 1819-1891) a mitad de siglo XIX y que ahora recupera la editorial Nórdica dentro de su magnífica colección de Libros Ilustrados, es una de esas obras.

Mucho se ha escrito y comentado acerca de Bartleby, ese personaje anodino y de una frialdad adusta que un día entró a trabajar en un despacho de abogados y que, a partir de cierto momento y sin causa aparente, decidió no solo dejar de realizar la labor para la que había sido contratado, sino evitar hacer cualquier cosa y tomar decisión alguna, repitiendo únicamente, cuando es preguntado, un lacónico "preferiría no hacerlo". Borges, mejor que nadie, vio en Bartleby un anticipo de lo que serían los personajes y los ambientes kafkianos. En él, de alguna manera, ya encontramos esa angustia y ese vacío en el que se mueven y del que son parte intrínseca Gregor Samsa o Joseph K., esa lucha imposible e impotente resultado de no saber contra qué se está uno enfrentando, lucha que en Bartleby se transforma en negación de la acción. Todo lo contrario le sucede al narrador de esta historia, el titular del despacho al que entra a trabajar Bartleby. En su caso, su lucha —entender a Bartleby y por extensión a sí mismo— sí que es activa, lo que le lleva a justificar una y otra vez todas las acciones del escribiente, a buscar las explicaciones más absurdas para intentar comprenderle y hasta a atribuirle un supuesto pasado que explique su comportamiento. Todo ello es, por supuesto, en vano.

Con una narración sencilla y precisa, donde cada palabra parece medida a conciencia, asistimos al abandono de Bartleby y a la desesperación del narrador y de los compañeros de trabajo del escribiente, tres individuos descritos de manera detallista e irónica y que provocan no pocas sonrisas, tanto por sus comentarios como por su forma de actuar. Como afirma el narrador en un momento de la historia, Bartleby "era un hombre de preferencias más que de hipótesis", lo que no impide que sean los demás — entre ellos el lector, de ahí unos de los mayores aciertos del relato— quienes hagan las conjeturas. Bartleby, por derecho propio, ha pasado a formar parte de ese reducido y selecto grupo que conforman los grandes personajes literarios, aquellos que se mantienen en el imaginario común y para los que los años pasan en balde, aunque, ciertamente, estamos seguros de que él *preferiría* no haberlo hecho.



Portada de *Bartleby, el escribiente*

"Borges, mejor que nadie, vio en Bartleby un anticipo de lo que serían los personajes y los ambientes kafkianos. En él, de alguna manera, ya encontramos esa angustia y ese vacío en el que se mueven y del que son parte intrínseca Gregor Samsa o Joseph K."

"Como afirma el narrador en un momento de la historia, Bartleby "era un hombre de preferencias más que de hipótesis", lo que no impide que sean los demás — entre ellos el lector, de ahí unos de los mayores aciertos del relato— quienes hagan las conjeturas."